



CARTA DEL SR. OBISPO DE OSMA-SORIA MONS. GERARDO MELGAR VICIOSA

Homilía en la Santa Misa de la Solemnidad de la Natividad del Señor (Misa de medianoche)

S. I. Catedral de El Burgo de Osma – 24 de diciembre de 2011

Mis queridos hermanos:

“No temáis: os traigo una gran noticia, una gran alegría para todo el pueblo. Hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador, el Mesías, el Señor” (Lc 2, 10-11). Éste es el mensaje central de esta Noche, la gran noticia que inunda nuestro corazón de creyentes; es la inimaginable noticia que recibieron aquellos pastores; es la maravilla que vivieron con especial amor y respeto María y José; y es la noticia que recibimos todos y cada uno de los que con fe nos hemos preparado para la venida del Salvador.

Aquellos pastores se postraron ante el Niño, ante el Hijo de Dios, y lo adoraron. María y José contemplaron aquella preciosa escena llenos de admiración, cariño y de profunda fe. Nosotros queremos postrarnos ante el Hijo de Dios; nos unimos a la admiración, el cariño y la fe de José y María; y experimentamos la misma alegría de los pastores y de San José y su Santísima Esposa por el Nacimiento del Salvador.

El acontecimiento, por así decir, también nos deja a nosotros ‘embelesados’ porque somos testigos de aquel instante de amor que une para siempre lo eterno a la Historia. Ante el Verbo encarnado ponemos nuestras alegrías y temores, nuestras decepciones y esperanzas, porque sólo en Cristo -que se hace uno como nosotros para que nosotros lleguemos a ser hijos de Dios- encuentra la verdadera luz el misterio del ser humano (cfr. GS 22)

En Belén *“ha parecido la gracia de Dios portadora de la salvación para todos los hombres”* (Tit 2, 11), nos dice el apóstol San Pablo; por eso, en la Noche de Navidad resuenan en todos los rincones de la Tierra cantos de alegría: nuestra salvación ya no es una promesa, es una realidad presente entre nosotros que se ofrece a todos.

Esta noche, ante nuestros ojos, se realiza lo que el Evangelio proclama: *“Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo único para que todo el que crea en Él tenga vida”* (Jn 3, 16). Después de dos mil años, vivimos de nuevo este Misterio como un acontecimiento único e irrepitible. En efecto, tanto nos amó Dios a cada

uno de nosotros que nos dio a su Hijo para que -por Él- todos y cada uno de nosotros lleguemos a ser Hijos de Dios; sí, el Hijo de Dios se hizo hombre para hacer al hombre partícipe de la Naturaleza divina.

Nosotros, que creemos en Él, que queremos abrir nuestro corazón al gran regalo que nos trae de hacernos sus hijos, queremos vivir este acontecimiento comprometiéndonos a ser consecuentes con lo que significa ser verdaderos hijos de Dios, vivir el estilo de vida que el Hijo de Dios nos comunica con su Presencia y su Palabra. Sí, los que reconocemos la presencia del Verbo encarnado como uno de nosotros -en medio de un mundo embaucado por las llamadas del materialismo y el laicismo- queremos comprometernos a ser verdaderos portadores y transmisores del mensaje que Él nos trae, para que todos se encuentren con Él, le sigan y se conviertan a su amor.

El reconocimiento de la Presencia del Hijo de Dios hecho Niño nos lleva, de manera espontánea, a adorarlo como a quien es: el Hijo de Dios que nos trae la salvación. Así mismo, nos lleva a agradecerle tanta generosidad y desprendimiento pues no ha vacilado -siendo Dios- a hacerse uno como nosotros -en todo, excepto en el pecado- para ofrecernos a todos la salvación.

Su Encarnación nos hace recibirle y saludarle con el corazón y -desde lo más profundo de nuestro ser- decirle: ¡Tú eres, Cristo, el Hijo del Dios vivo! Hijo de Dios, que viniste al mundo para vencer a la muerte, que viniste para iluminar la vida humana mediante el Evangelio: Tú eres nuestra esperanza; sólo Tú tienes Palabras de Vida eterna.

Señor, Tú -que viniste al mundo en la Noche santa de la Navidad- quédate con nosotros y abre nuestro corazón para recibirte a ti y a tu mensaje; que él cambie nuestra vida llena de materialismo y de pecado. ¡Quédate con nosotros y transforma nuestro corazón para recibirte como la verdadera y auténtica salvación!

Tú, que eres el Camino, la Verdad y la Vida, guíanos por el camino que nos lleva a la salvación que Tú, Salvador del mundo y de los hombres, nos ofreces. Tú, Cristo, Hijo del Dios vivo, ¡sé para nosotros la Puerta, la verdadera Puerta que da acceso a la gloria del Padre y haz que nadie quede excluido de su abrazo de misericordia y de paz!

“En la ciudad de Belén os ha nacido un Salvador, el Mesías, el Señor”. Adoremos a nuestro Salvador y ‘digamos’ con nuestras vidas a los hombres y mujeres de nuestro tiempo que el Señor está entre nosotros, y que sólo Él puede saciar todos nuestros anhelos. Recibamos a nuestro Salvador y dejemos que ocupe el primer puesto en

nuestra vida, siendo de verdad discípulos suyos; comuniquemos, hermanos, el gozo de su Presencia a los demás, siendo de verdad auténticos apóstoles y misioneros, portadores de su mensaje de paz y amor.

¡Feliz y Santa Navidad para vosotros y vuestras familias! ¡Feliz y Santa Navidad para todos!

✠ Mons. Gerardo Melgar Viciosa
Obispo de Osma-Soria